

DISCURSOS DE PODER EN EDUARDO II*

Lai Sai Acón Chan

*Docente catedrática. Escuela de Lenguas Modernas.
Universidad de Costa Rica.
lacon567@yahoo.com*

RECIBIDO: 28-08-09 • APROBADO 06-04-10

RESUMEN

Cómo el deseo da pie a singulares procesos de empoderamiento es el tema de este artículo sobre la obra de teatro *Eduardo II* de Christopher Marlowe. En una época en la que existían pero aún no había términos para definir prácticas sexuales “no normativas” (como irónicamente las denominará Michel Foucault en *La historia de la sexualidad*) tales como el homosexualismo y el deseo femenino, Marlowe escribe una brillante obra sobre discursos que nacen precisamente de esas carencias o deseos tan básicos al ser humano.

Palabras claves: cultura moderna temprana • discursos eróticos • deseo • empoderamiento • Eduardo II de Inglaterra.

ABSTRACT

This article's focus is how desire gives way to particular forms of empowerment in Christopher Marlowe's play *Edward II*. During a historical period when “abnormal” sexual practices (as Michel Foucault would ironically call them in *The History of Sexuality*) such as homosexuality and female desire circulated in society but were not yet labeled as such, Marlowe composes a brilliant piece about discourses that are precisely uprooted in needs or desires that are the very core of humanity.

Keywords: Early modern culture • erotic discourses • desire • empowerment • Edward II.

Al final de la obra de teatro, *Eduardo II*, de Christopher Marlowe, el asesinato de un rey, la decapitación de un lord Regente y la encarcelación de una reina, todos aparentemente a causa de un “abyecto e innoble acólito”¹, le darían la razón a la manera como Hamlet describió a la Fortuna como una prostituta que favorece a aquellos que, desencaminados por sus promesas de oropel, solo logran

montarla efímeramente. Hay que recordar que la diosa Fortuna era representada durante la Edad Media como una mujer o como una rueda en la que el ser humano se remontaba cuando era favorecido por el azar y cuando no, era aplastado por ella. Por ello, al igual que el poder, la fortuna es, lamentablemente, transitoria. En las siguientes páginas, se analizarán discursos de empoderamiento, como los resultados

de diferentes tipos de deseo. Es precisamente la carencia misma del poder lo que les da poder a Piers Gaveston, Eduardo II, Isabella de Francia y al caballero Roger Mortimer. Paradójicamente, sus propias deficiencias, vulnerabilidad e impotencia, y un intenso anhelo, aplanan el camino para alcanzar, aunque brevemente, el poder y así poder regodearse en la gloria de ser uno de los favoritos de la inconstante diosa Fortuna.

Los primeros versos de la obra muestran a la Fortuna coqueteando con Piers Gaveston, quien para los barones ingleses es tan solo un “acólito” (1.2.67), un “vasallo innoble” (1.4.16), y un “chiflado” (1.4.82), entre otros epítetos nada agradables. El breve acceso al trono de Gaveston es posible solo gracias al incontrolable deseo de Eduardo por él, un deseo que surge debido a las diferencias sexuales y sociales del favorito del rey. Él lo sabe y astutamente se aprovecha de la buena voluntad de Eduardo al compartir el reino con un hombre que considera su amigo, hermano e, inclusive, una parte de sí mismo. De hecho, Marlowe, magistralmente, juega con la ambigüedad de la imagen de “aquellas partes que los hombres se deleitan en ver” (1.1.64). En el contexto del Renacimiento y asumiendo la heteronormatividad de los espectadores de la obra, esas partes se referirían al cuerpo femenino pero, en el contexto de la fuerte atracción que siente Eduardo por Gaveston, Marlowe quiso sugerir un falo. El hecho de que Gaveston careciera de esas partes anatómicas que deleitan a un hombre heterosexual, es uno de los elementos que lo empoderan, pues estaba perfectamente consciente del influjo homoerótico que ejercía sobre su rey, quien lo deseaba aún por encima de su propia esposa, la reina Isabella. El comprender la sicosexualidad del rey le hace emplear su naturaleza corrupta como un arma para “manipular al maleable rey hacia adonde el quisiera” (1.1.52). Envalentonado por el torrente de adrenalina, se atreve a maltratar al obispo de Coventry, despilfarrar los fondos del tesoro real, burlarse de la reina y de la nobleza por lo que considera vestimentas cursis, y amenazar y audazmente

desafiar condes y barones con un insolente “Si fuera yo rey” (1.4.27). El otro elemento que favorece su cercanía al trono de Inglaterra y, por lo tanto, al poder sobre instituciones políticas y religiosas en su día es, como Lancaster amargamente se queja, sus orígenes “bajos y oscuros” (1.1.100). Pero es su carencia de sangre real lo que, de manera paradójica, le da poder ante los ojos de la corte de Eduardo II, y cuanto más lo denigran o desprecian por violar las jerarquías sociales de la época, más atractivo es para su amante y más títulos nobiliarios son creados especialmente para el favorito real. Por lo tanto, más poderoso se torna. La imagen del hongo que crece de la noche a la mañana sirve para expresar su vertiginoso ascenso, a la vez que señala al pasajero *affaire* que tuvo con la diosa Fortuna.

¿En qué consiste el poder de un rey si no puede acceder a todo lo que desea? Tal parece ser la lógica de Eduardo II. No tener a su acólito cerca lo presiona a exigir y le da la fortaleza para oponerse a sus condes y barones. Su deseo homoerótico por Gaveston le da el poder que, de otro modo, probablemente no tendría para imponer su voluntad en asuntos que no atañen precisamente al Estado. En la primera escena de la obra, Eduardo II asegura que “A pesar de ellos, cumplirá su voluntad” (1.1.76-77). Cuanto más resistencia encuentra en Mortimer hijo y la nobleza, más resuelto está a no “tolerar las altaneras amenazas!”, dice mientras añade: “¿No soy el Rey y no debería no ser vetado? (1.1.134-135). Marlowe, de forma hábil, utiliza imágenes y una dicción cuidadosa para mostrar el desarrollo de Eduardo como el rey resuelto e indomable que podría haber sido, de no haberse enamorado loca y temerariamente de la persona equivocada y de haber sucumbido a los placeres del amor carnal. Lo que Eduardo llama “control real”, es su temperamento dulce y complacido cuando obtiene lo que quiere, en este caso, su amante: “Tendré a Gaveston, y ustedes sabrán/ lo peligroso que es oponerse a su rey” (1.1.95-96). Estas son, en definitiva, las palabras de un hombre que no admite ser contradicho. En un momento

dado, declara que si la voluntad de sus barones es manejar el reino, el lo aceptaría si dispusiera de un rincón en donde retozar con su amante. Sin embargo, él solo está jugando un juego de poder con sus nobles, pues aun quiere y necesita el trono. Por eso accede al destierro de Gaveston. Aún así, obtiene lo que quiere, pues logra convencer a Isabella de suplicar ante los barones y los condes que revocquen el destierro. A lo largo de la obra, Eduardo medita sobre pros y contras de su posición como cabeza del reino dos veces. Lo que puede parecer vacilación ante sus derechos reales es, en realidad, una seria consideración del verdadero alcance del poder. Desafortunadamente, sus meditaciones no pasan de ser las contemplaciones de un hombre embriagado por las mieles del poder y, por lo tanto, no es capaz de llevar a cabo acciones afirmativas en beneficio de Inglaterra o siquiera propio. A sabiendas de que su batalla contra su esposa y el amante de esta está perdida, cautivo, como está, se pregunta: "¿quién es el cuyo reinado e imperio/ No lo han afligido ya sea en vida o después de la muerte?" (4.7.14-15), "¿qué son los reyes cuando su poder/ ya no es más que sombras perfectas en un día soleado?" (5.1.26-27). Al final de sus días, cuando se le ha implorado que abdique, no renuncia al poder tan fácilmente, pues aduce que podría ser "rey hasta que llegue la noche" (5.1.58-59) y que "no renunciará mientras aún viva" (5.1.87). Viendo el fin de sus días aproximarse, Eduardo II accede a abdicar a favor de su hijo y emerge como un ser humano más maduro, que brevemente tuvo el poder en sus manos y que desea que su hijo sea un mejor rey de lo que él lo fue. Irónicamente, tuvo que ser un hombre de condición económica por debajo de la del rey, el que le diera alas para alcanzar el poder y realmente disfrutarlo mientras la Fortuna lo favoreció.

En el caso de la reina, no tener influjo sobre Eduardo, el hombre y el marido, es lo que parece empoderarla y darle alas para envalentonarse y atreverse a reclamar el trono para el hijo de ambos, el futuro Eduardo III. Irónicamente, su desvalidez

le ayuda a obtener, de manera virtual, todo lo que desea, excepto el amor y la atención de su esposo. Es la conmiseración de los nobles y el deseo de estos porque ella sea feliz, que Isabella comienza a probar las mieles del poder:

LANCASTER. Mira donde la hermana del Rey de Francia

Sentada se retuerce las manos y se golpea el pecho.

WARWICK. El Rey, me temo, la ha injuriado.

PEMBROKE. Duro es el corazón que veja a una santa como ésta.

MORTIMER. Sé que hace ya tiempo ella llora a causa de Gaveston. (1.4.187-190)

La estrategia de Isabella para convencer a los nobles de revocar el exilio del favorito del rey es lástima y su aparente invulnerabilidad. "Su Majestad sabe que no está en mi poder", le dice esta a Eduardo cuando este le pide que interceda ante los nobles. Al contrario de lo que pudiera esperarse, ella logra persuadirlos, pero no porque ella realmente quisiera que Gaveston regresara, sino porque todavía sentía un gran deseo de controlar la voluntad de su esposo. Son las "lágrimas que brotan de [su] corazón," "su corazón languideciente," "los suspiros callados", "las manos [que] están cansadas de batallar contra el rey" lo que le dan "poder de apaciguar" (2.4.19-26), primero, la resistencia de los nobles y, segundo, el "control real" de Eduardo II. A pesar de estar desolada y exiliada por voluntad propia, la inconstante Fortuna la favorece con amigos y aliados que alivian su aflicción durante tiempos difíciles y la hacen visualizar la posibilidad de tomar el poder político para sí misma y para su Mortimer. De este modo, canaliza su deseo por el hombre, por el trono, el cual, como reina consorte, solo puede obtener una vez que se deshaga del molesto marido. Esto, sin embargo, provoca el desenlace fatal de Isabella pues, en el momento que su ardiente deseo por Eduardo muere, ella se convierte en un personaje débil y manipulable. Cuando humillada

una y otra vez, esta decide darle rienda suelta a sus pasiones más íntima con Mortimer, pierde el fuego interno que le da poder y se transforma en un títere en manos de su amante, el cual la engatusa con su labia: “Bella Isabel [. . .] ./ Deja que te domine y juntos dominaremos el reino” (5.2.1-5). Cuando ciegamente se refugia en él y hace caso omiso de los cambios de la Fortuna, Isabella olvida que “la pagarán caro cuando [su] hijo sea adulto” (5.4.3) y pueda vengar al padre.

Lo que para Mortimer comienza como una búsqueda de la justicia, se torna en un deseo por el poder que termina obteniendo como el amante de Isabella y el regente de Eduardo III. Se podría decir que la motivación inicial de Mortimer es el bienestar del reino y que, como el vocero de los nobles, desea lo que es mejor para Eduardo II y para Inglaterra. Los condes y los barones le habían jurado al anterior rey que Gaveston jamás regresaría a la corte y estaban determinados a cumplir con ello. Probablemente, pensaron que estaban haciendo lo correcto pero, como dice el dicho, el camino al infierno está plagado de buenas intenciones. Conforme el personaje de Mortimer evoluciona, el espectador percibe un cambio dramático en su tono: “o cumplimos con nuestra voluntad o perdemos la vida en el intento” (1.4.45), clama en medio de una fuerte discusión con el monarca. Su tono no necesariamente revela ciega obediencia a los últimos deseos del anterior rey, sino una declaración de rebelión contra el actual rey. Mientras Mortimer, paulatinamente, despliega su ser interior, Marlowe pinta una descripción más individualizada del orgulloso aristócrata, quien se atreve a “maldecir [al rey] si se rehúsa” y propone que los nobles “lo depongan y elijan otro monarca”; concibe un plan para deshacerse de Gaveston y sugiere una revuelta popular contra Eduardo II (1.4). Su metáfora del cedro sobre el cual un águila se ha posado, lo retrata como alguien que desea y se cree merecedor del poder para controlar. Tal como el ave está en una posición superior, tanto en

la jerarquía aviaría como verticalmente, del mismo modo él se ve a sí mismo por encima de la autoridad de Eduardo II. Sin embargo, como bien sabe que carece del derecho a reinar como legítimo gobernante, pacientemente espera a que Eduardo provoque su propia caída para entonces aprovecharse de su nombramiento como Regente de un Eduardo III que todavía no ha alcanzado la mayoría de edad. Al posesionarse del poder de ese modo, no se da cuenta de que él mismo se ha convertido en el hongo que ha brotado de la noche a la mañana, del cual quería liberar al reino. Comienza a interrumpir los discursos públicos de la reina; se deshace de funcionarios reales que podrían obstaculizar su camino hacia el poder; se impone como Regente del príncipe y toma decisiones que afectan el destino del depuesto rey sin escuchar sus protestas. Pero la fortuna es tan cambiante como la luna e, inevitablemente, Mortimer pierde el apoyo del joven príncipe una vez que este accede al trono.

En la obra *Eduardo II*, Marlowe, magistralmente, relaciona tres temas que, en apariencia, no tienen conexión: el deseo erótico, la política y la fortuna. Hasta cierto punto, Gaveston, Eduardo, Isabella y Mortimer tienen, o eventualmente desarrollan, una atracción erótica hacia alguien que les permite saborear el poder político. Tentados por la fortuna, todos ellos desarrollan la necesidad de posicionarse en la jerarquía política y probar su poderío ante la sociedad. Asimismo, todos ellos sueñan con fantasías de poder eterno que los termina corrompiendo y precipitan su caída. Por eso, al ver aproximarse el final de sus días, Mortimer exclama: “Vil fortuna, ahora veo que en tu rueda/ hay un punto en el cual cuando los hombres aspiran a más/ caen precipitadamente de cabeza” (5.6.59-61). Hay momentos en los que el deseo por sí solo no basta para mantenerse en tan ilusoria posición. Aquellos que hoy están en la cima de la rueda, mañana podrían ser aplastados por ella, como el rey, su amante, su reina y el amante de esta lo experimentaron en carne propia.

Notas

- * Este artículo es mi traducción al castellano del artículo titulado "Discourses of Empowerment in *Eduard II: (Homo) Erotic and Political Discourses*", de mi propia autoría y, originalmente, publicado en lengua inglesa, en el número 11 de la *Revista de Lenguas Modernas*.
1. Todas las citas textuales han sido traducidas del texto original en inglés.

Bibliografía

- Erotic Politics: Desire on the Renaissance Stage*. (1992). Ed. Susan Zimmerman. New York: Routledge.
- Foucault, Michel. (1978). *The History of Sexuality*. Trans. Robert Hurley. New York: Pantheon.

The Gay and Lesbian Literary Heritage: A Reader's Companion to the Writers and their Works, from Antiquity to the Present. (1995). Ed. Claude J. Summers. New York: Henry Holt.

The Lesbian and Gay Studies Reader. (1993). Eds. Henry Abelove, Michèle Aina Barale, and David M. Halperin. New York; London: Routledge.

Marlowe, Christopher. (2002). *Edward II. English Renaissance Drama: A Norton Anthology*. Eds. David Bevington, et al. New York: Norton. pp. 357-418.

Other Voices, Other Views: Expanding the Canon in English Renaissance Studies. (1999). Eds. Helen Ostovich, Mary V. Silcox and Graham Roebuck. Newark: U of Delaware Press; London: Associated UPs.